

Reloj de arena

Elogio del deporte profesional

Por Alejandro Bruzual

Con la excusa de mi admirado Galeano, donde esté jugando su partida.

Seguramente sea una frustración biográfica, pero no me interesa el deporte. Cuando niño, practicaba algo entre amigos, con pésima efectividad, para quemar energías excesivas que hoy se tratan con químicos. Luego, nadie me explicó cómo pegarle a esa pelota que amenazaba con fusilarme o cómo recoger un rolling, que frenaba con la contradicción de mi propio cuerpo. Así, la mayoría de las veces jugué banca, lo que es un absurdo en términos. El colegio quería ganar, no que los niños jugaran. Esto ocasionó que cuando obtuve una medalla en minibasket, lo único en que destaque, tuviera que ir recibirla yo solo porque para mis padres era algo sencillamente inimaginable. Es el más insólito trofeo de mi vida, y desde entonces no acierto la cesta ni con el papel arrugado.

Ahora me enerva surfear las noticias deportivas que se disputan los titulares del día. O tener que driblear conversaciones obsesivas sobre olimpiadas, campeonatos y finales de todo tipo, que atiborran el calendario. Padezco que mi indiferencia sea recibida como antipatriótica cuando juega la Vinotinto, a la cual jamás he visto a no ser en la película *Hermano*. Por otra parte, critico el desmesurado apoyo estatal a Pastor Maldonado, no me interesan los golpes perdidos de Jhonattan Vegas, ni a quiénes importan Leones o Navegantes en cada temporada. Es más, me pregunto si será socialista lo que anida en los valores colectivos y en ese nacionalismo que esos juegos despiertan, o todo lo contrario.

Entiendo que talento y gusto personales llevan a cada quien por maratones diversos. Pero lo celebro como un derecho que debería serlo para todos. Sin embargo, es la exclusividad el atractivo principal de algunos deportes, y una costosa banalidad caracteriza el ejercicio de buena salud de las clases privilegiadas. En particular, el deporte profesional dejó de ser expresión de la potencialidad humana, y más bien aporta agresividad y diferencia a estos tiempos convulsos. El culto a jugadores estrellas y a sus vergonzosos ingresos configura el sueño de todos los otros registros deportivos. Una forma visible más de la falsa promesa de la resignación dominada. Un parapeto armado que explota su negocio sobre la pasividad de millones de cautivos. Otro cosa significaba entre los magníficos y poco democráticos griegos, hace más de dos milenios. No obstante, si se asumiera lo de mente y cuerpo sanos habría que



empezar por no atiborrar los estadios de basura publicitaria, limpiar las camisetas de los jugadores del hierro de sus propietarios, evitar mentiras políticas con la metáfora de la victoria, y acabar con chismorreos de farándula, drogas y sexualidad deportivas en los medios de comunicación. Su condición verdadera se revela en la desproporción que existe en el apoyo a las prácticas por esparcimiento. Así, el deporte profesional no da cuenta de la salud de un pueblo, sino del estado financiero de un pequeño grupo, que aporta sí mucho circo.

Es curioso, pero poco se estudia la violencia que caracteriza al agón moderno, el fanatismo de la fanaticada, y la xenofobia y el racismo que frecuentemente lo acompañan. Lejos del placer de la competencia y el trabajo en equipo, el vencedor huele a adrenalina de verdugo y a salada humillación el vencido. Esteroides

y dopaje cruzan esas metas. Recuerdo a los indignados seguidores de Lance Armstrong, patitos ciclistas vestidos de amarillo, cuando supieron cómo catalizaba sus triunfos sobre la vida.

Será de aguafiestas pensarlo, pero detrás del virtuosismo de Maradona y el modelaje de Ronaldo corren manos sudorosas de dueños de equipos y mafias internacionales –no solo la FIFA–; saliva de apostadores, agencias publicitarias, consorcios de la comunicación y el comercio deportivo, ante los que siento profundo rechazo. En cambio, qué fantástica lección la de aquellos africanos descalzos, que alguna vez sacaron muchos pies de ventaja a los apadrinados de las maquilas de Nike y Adidas. Pero es que si el mundo valorara realmente la vida y el deporte, no dejaría que esa África de todos los orígenes y tantos talentos se desangrara de pobreza.

Tampoco debería sorprendernos que marcas deportivas o bebidas famosas patrocinen ferias de arte, que bienales y premios lleven nombres de casas de moda. Que nuestro arte popular tenga de sofisticado mecenas a una empresa cancerígena. No es contradicción, sino la libertad de consumo y de comercio que ha sustituido toda otra libertad, en particular para los tantos que no se juegan ninguna, según Zygmunt Bauman. Y quizás no sea tan paradójico que entre arte y deporte haya habido tan pocos vínculos. Ni en la literatura se nota ni en la gran historia del teatro. ¿Será que sus efectos sociales son excluyentes? Desde el equilibrio perfecto del *Discóbolo*, del que tanto veía, y las ilustraciones de atletas en magníficas vasijas griegas, nada se destaca en el canon occidental, precisamente, hasta la insólita belleza nacionalsocialista del filme *Olympia*, de Leni Riefenstahl. Un verdadero salto mortal y artístico al horno crematorio.

No obstante la vastedad de temas, desde el Medioevo hasta finales del XIX no hay representación de nada parecido al deporte en las artes plásticas. Es extraño, incluso, cuando se privilegió siempre el rostro del poder. Aristócratas y cortesanos lo financiaban, como también la banalidad de la burguesía en su momento. La cara múltiple de la violencia. Animales, ciudades y paisajes. Oficios, artesanos y obreros. Por supuesto, la belleza humana con cualquier excusa. Temas obligados fueron dioses, mitología e historia. Y el más reiterativo de todos, el cristianismo con todos los pasajes de la Biblia. En particular, la atroz muerte de Jesús, que jamás ha sido metonimia de los otros tantos miles que también murieron crucificados. Ciertamente, habrá que reconocer que los futuristas, en su culto machista a las bondades de la guerra, incluyeron el tema deportivo; sin embargo, era más bien un signo de la modernidad a la que se rendían y pronto tejido de camisetas pardas. El Cassius Clay de Warhol, medio siglo más tarde, glamoroso triunfo del mercado de obstáculos en la carrera del arte, es otro diseño del mismo telar.

Ya debe haber algún joven artista, ansioso de nuevos temas, probando su salida exitosa con el deporte, y quizás cruce la meta de la bienal apropiada. Podrá apelar luego a generosos coleccionistas, pues de seguro muchos son también patrocinantes de equipos y torneos. Siempre ha sido un ejercicio propicio matar dos pájaros de un solo tiro olímpico.

relojdearenabruzual@gmail.com
alejandrobruzual.wordpress.com